

CAPÍTULO X.

El rey quiere marcar al ejército. — Maurepas, Richelieu y la señora de Chateauroux le excitan á que lo verifique. — Marcha del rey. — Su escolta. — La señora de Chateauroux permanece en París. — La señora de Etioles. — Jornadas del rey. — Partida de las señoras de Chateauroux y de Lauragnais. — Mal efecto que produjo su presencia en el sitio de Ipres. — Se marchan á Dunkerque. — Pasa el Rhin el príncipe Carlos. — El rey en Metz. — El señor de Suze aposentador general. — Enfermedad del rey. — El señor de Richelieu. — Los tres partidos. — Sentimiento del pueblo. — El padre Perusseau, confesor del rey. — Boletín de la enfermedad de Luis XV. — El conde de Clermont. — El señor de Richelieu y Luis XV. — El señor de Soissons. — La Peyronie. — El señor de Champcenez. — El señor de Bouillon. — Triunfo de los enemigos de la duquesa. — Se les manda salir á ella y á su hermana. — La reina. — El señor de Chatillón. — El delfín. — El señor de Chatillón cae en desgracia.

Una doble intriga incitaba al rey á ponerse al frente de su ejército.

El señor de Maurepas por una parte, que quería separar al rey de su querida; y el señor de Richelieu por otra, que quería combatir á presencia del rey.

En cuanto á la señora de Chateauroux, como el duque de Richelieu le había empeñado su palabra, de que ya de un modo ú otro conseguiría que ella se reu-

niese con el rey en el ejército, incitaba también por su parte al rey para que se pusiese á la cabeza de sus tropas.

Cuatro cuerpos de ejército se habían puesto en pie de guerra, uno en Provenza, dos en Flandes, y el cuarto en el Rhin.

Mandaba el primero, el príncipe de Conti.

El segundo, el mariscal de Noailles.

El tercero, el mariscal de Sajonia.

El cuarto, el mariscal de Coigny.

La escuadra francesa mandada por el almirante Court, acababa de batir el 22 de febrero de 1744 á la escuadra inglesa en frente de Tolón. Este era un hermoso principio de campaña, tanto más cuanto los franceses no tenían más que veintisiete navíos, y los ingleses cuarenta.

El 2 de mayo, comió el rey de ceremonia con la reina; y la comida se terminó sin que se hubiese hecho mención del viaje. Después de comer entró Luis en el cuarto de la reina, con la que habló de algunas cosas indiferentes.

Al salir del cuarto de la reina, dió las órdenes para recogerse y entró en su habitación como para acostarse; pero no hizo más que cambiar de vestido, abrazó con ternura al delfín, escribió á la delfina; dejó cuatro renglones para la reina, en los que le manifestaba que los excesivos gastos que se ocasionarían por viaje, le forzaban á dejarla en París. Envió después á Placencia, casa de campo de París Duvernoy, á las señoras de Chateauroux y de Lauragnais; mandó que lo acompañase el padre Perusseau, su confesor, entró á rezar en la capilla, y subió después al coche con el primer escudero, el duque de Agén y Meuse. Su capellán, el obispo de Soissons, y el marqués de

Verneuil, que le llevaba la pluma, le seguían en otro carruaje. El señor de Maurepas por su parte salía para visitar los puertos; el cardenal de Tencin marchaba á Lyon; y Orri, San Florentino y el canciller quedaban en París para el despacho de los negocios del Estado.

La marcha del rey se verificó el 3 de mayo de 1744.

Aunque la señora de Chateauroux estaba segura de que no tardaría en reunirse con el rey, no pudo verlo marchar sin inquietud. Había oído pronunciar dos ó tres veces á su inmediación el nombre de la señora de Etioles, y siempre que lo escuchaba parecía que un fatal presentimiento asombrase sus amores.

El nombre de la señora de Etioles debía en adelante representar un tan gran papel bajo el nombre de marquesa de Pompadour.

Había corrido la voz de que la señora de Etioles estaba enamorada del rey. Dos ó tres veces se había aparecido en las cacerías, en el bosque de Senart, y con tan brillantes trenes, vestida con tanta ligereza y tanta coquetería, que en las reuniones no se hablaba más que de ella.

La duquesa de Chevreuse tuvo un día la imprudencia de pronunciar delante del rey, el nombre de la elegante Etioles, y la señora de Chateauroux le dió tal pisotón que cayó con un síncope.

Á la mañana siguiente, fué la señora de Chateauroux á ver á la de Chevreuse que se hallaba enferma en cama de resultas de la pisada y le dijo:

— ¿Pues no sabéis que tratan de hacer que el rey me abandone por la señora de Etioles, y que los amigos de ésta y mis enemigos buscan los medios que aun no han alcanzado para conseguirlo?

Estos temores de la señora de Chateauroux, habían

contribuido para que ella insistiera con empeño en que el rey marchase á tomar el mando de las tropas.

El 12 llegó el rey á Lila.

El 13 pasó revista en el campo de Giromy.

El 17 comenzó el sitio de Menín.

El 7 de junio, entró el rey en Menín como vencedor.

El 8 las señoras de Chateauroux y de Lauraguais salieron por la noche de la casa de campo de Placencia y tomaron el camino de Lila.

El 17 marchó el rey á sitiar á Ipres, y entretanto las señoras de Chateauroux y Lauraguais se habían incorporado al ejército, donde la presencia de estas dos señoras produjo muy mal efecto.

Por esto, después de la toma de Ipres, se decidió el rey á enviarlas á Dunkerque. Los soldados las llamaban las cantineras y cantaban bajo sus ventanas las canciones más insultantes, por el camino y hasta en presencia del rey.

En Dunkerque, adonde fué el rey á reunirse con las dos hermanas, supo que el príncipe Carlos había pasado el Rhin el 13 de julio; y se decidió á marchar en persona á socorrer á Alsacia. Las señoras de Chateauroux y Lauraguais, le acompañaron; y durante la travesía tuvo cuidado el conde de Suze, aposentador general, de proporcionar que entre la habitación del rey y la de la duquesa hubiese comunicación.

El rey debía permanecer en Metz; de consiguiente procuraron que en este pueblo, como en los otros, hubiese comunicación entre su alojamiento y el de la duquesa. Pero esta señora tuvo que situarse en la abadía de San Arnault, que su abad el obispo de Marsella había alquilado al primer presidente, quien cedió su habitación á la duquesa. Y como se hallaba demasiado distante del rey, fué necesario construir

unas galerías que pasasen desde la abadía al cuarto del rey. Para ejecutar esta obra se dió por pretexto que el rey quería pasar á cubierto desde su habitación á la iglesia; pretexto que á nadie satisfizo; y como fué necesario cerrar cuatro calles y quitarlas de la circulación para construir la galería, á los habitantes de la ciudad les pareció muy escandaloso el ejemplo que daba el rey á sus amados y fieles vasallos de la provincia.

Desde su salida de París había sufrido el rey grandes molestias. Luego que llegó á Metz, se sintió indispuerto. Una tarde, la del día 8, le atacó un dolor tan fuerte de cabeza que tuvo que sangrarse aquel mismo día, y el día 9 se purgó. Y Casera, su médico, declaró el mismo día, que siendo bastante grave la enfermedad del rey, no podía responder de su curación, á menos que no se observase un método muy rígido, y sobre todo que gozase el rey de la más completa tranquilidad.

Desde entonces se cerraron todas las puertas por orden del duque de Richelieu, y no se permitió que el rey fuese servido sino por sus criados de más confianza, por el duque de Richelieu y por las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Mientras esto ocurría se habían formado tres partidos en un instante mismo.

El partido de los ministros.

El partido de los príncipes.

Y el partido del favorito y las favoritas.

Del partido de los ministros, que tenía el mismo interés que el de los príncipes, era jefe el señor Maurepas.

Componían el partido de los príncipes, los señores Chartres, Bouillon, La Rochefoucault y Villeroy; Fitz-

James, obispo de Soissons, capellán mayor, y el jesuita Perusseau, confesor del rey.

Las dos favoritas del rey, el duque de Richelieu, Meuse, los ayudantes de campo y los ayudas de cámara, componían el tercer partido.

El partido de los príncipes, reunido al señor Maurepas, se había decidido á penetrar en la habitación del rey; y aprovechándose de su mal y de la debilidad que éste debía haber producido en su espíritu, conseguir que se hiciese salir del palacio á las señoras de Chateauroux y de Lauraguais.

Estas dos señoras, por su parte, y el duque de Richelieu, habían resuelto hacerse firmes en el cuarto del rey; así como una guarnición sitiada se sostiene en su fortaleza hasta el último momento.

La señora de Chateauroux sabía que se había hecho una convención entre los príncipes, el obispo de Metz y el capellán mayor Fitz-James, y que no se le daría al rey la absolución, sino con la condición de hacerla marchar.

Por lo que se ha visto se observará, que entre todos estos grandes, príncipes, ministros, cortesanos, favoritos y queridas, la cuestión de la vida ó la muerte del rey no era más que secundaria; la sola y única cuestión era si había de marcharse ó quedarse la favorita.

Solo el pueblo, siempre tan bueno, tan leal y tan grande, era el que se interesaba en la enfermedad y rogaba á Dios por la conservación de su rey.

Quedaba todavía un recurso á las favoritas, que era el de negociar directamente con el padre Perusseau, confesor del rey, si se podía, y que en lugar de que el augusto enfermo fuera confesado y absuelto por el obispo de Soissons, fuese confesado y absuelto por su

confesor ordinario, y entonces todo podría arreglarse.

En consecuencia se hizo otra excepción para el padre Perusseau, al que se introdujo en el cuarto del rey, y se le condujo á un gabinetito en el que lo aguardaba la señora de Chateauroux, la que, conociendo que no debía perderse tiempo, estableció desde luego la cuestión.

— Padre, le dijo, respondedme con franqueza; en el caso de que el rey pidiese la confesión y los otros sacramentos, ¿tendría yo precisión de marcharme?

Procuró el jesuita desde luego eludir la cuestión.

— Pero, señora, dijo, si el rey tal vez no se confesará.

— Sí se confesará, respondió la duquesa, porque el rey tiene religión, y yo también; y yo seré la primera que le exhortaré á que se confiese, por el buen ejemplo. Yo no quiero cargar con la responsabilidad de que no se confesase; pero ahora no se trata más que de evitar un escándalo; decidme, pues, si se me mandará salir.

El jesuita permaneció silencioso á esta pregunta, contentándose con mover las cejas, los hombros y las manos.

— Veamos, continuó la duquesa, reflexionad y determinaos. Yo no pretendo nada más que marchar en secreto; porque ya debéis comprender que lo que trato de evitar es un escándalo, escándalo que sería aun más terrible para el rey que para mí misma.

Forzado al fin en sus atrincheramientos, el padre Perusseau se decidió á responder.

— Señora, le dijo; yo no puedo determinar de antemano la confesión del enfermo; no conozco la vida del rey; de lo que me diga dependerá mi conducta; pero

en cuanto á mí, tengo formada mala opinión de vuestras relaciones con el rey.

— Si con eso queréis significar que creéis que mis relaciones con el rey son puras, no titubearé en deciros que estáis equivocado, padre, respondió la duquesa, y si necesitáis que os hagan revelaciones, por mi parte os confieso desde luego que hemos pecado, y que hemos hecho todos los pecados que hemos podido hacer; y por costumbre, con premeditación y con placer. Ahora bien, veamos, ¿os parece el caso bastante grave para que se me arroje de aquí por el rey moribundo? ¿No habrá excepción para un rey?

El padre Perusseau se hallaba en una situación grave.

Bien sabía que por el partido de los principes y el de los ministros se había decidido, que si el rey se confesaba, se mandaría salir de la corte á la señora de Chateauroux; pero si el rey no se confesaba y se curaba sin haberse confesado, la señora de Chateauroux quedaria siendo la favorita, y entonces sería el padre Perusseau el que tendría que salir, tomaría S. M. otro confesor, un franciscano, un teatino ó tal vez un agustino, lo que sería un gran sentimiento para la Compañía de Jesús, que perdía la dirección de la conciencia del rey.

No respondia, pues, el padre Perusseau, procuraba ganar tiempo.

Entonces se mezcló en la conversación el duque de Richelieu.

— ¡Oh padre Perusseau! le dijo, sed galante con las damas; conceded al instante á la señora de Chateauroux el favor de que salga de la corte sin escán-

dalo : ya veis que vuestros *porqués*, vuestros *tal vez*, y vuestros *si es* nos desconsuelan.

Cuanto más hostigado se veía el padre Perusseau, más mudo permanecía.

— Mirad, le dijo el duque con aquellas maneras que eran originales y sólo propias suyas ; mirad, mi reverendo padre, yo veo que sois insensible á la hermosura de las mujeres ; pues bien, añadió, echándole los brazos al cuello ; haced por mí, que he sido siempre amante de los jesuitas, lo que los padres de la Iglesia, más galantes, han permitido muchas veces hacer en circunstancias semejantes á los confesores de los reyes.

El padre Perusseau permanecía inflexible.

Entonces se aproximó á él la señora de Chateauroux, y acariciándole las mejillas con sus lindas manos, le dijo con voz dulce y cariñosa :

— Os juro, padre Perusseau, que si os convenís á evitar el escándalo me retiraré de las habitaciones del rey durante su enfermedad ; no volveré ya á la corte sino como su amiga, pero nunca como su querida. Hay más, me convertiré, y seréis mi confesor.

La oferta era tentadora ; pero no bastó sin embargo á seducir al padre Perusseau, que continuó dejando siempre en la incertidumbre al favorito y á la favorita.

Los príncipes y los ministros no esperaban un desenlace cualquiera con menos ansiedad que la señora de Chateauroux y el señor de Richelieu.

Y en efecto, si el rey llegaba á morir, la corte devota del delfín y de la reina obtenía una victoria completa, haría salir á la favorita, el favorito quedaría en desgracia, y en diez años no volvería á tratarse en la corte ni de favoritos ni de favoritas.

Pero también, si el rey convalecía sin confesión, el señor de Richelieu y la señora de Chateauroux serían más poderosos que nunca.

En el consejo de los príncipes se determinó hacer un grande esfuerzo ; y el conde de Clermont se encargó de llegar hasta el rey, cualesquiera que fuesen los obstáculos que le opusiesen.

Para que se comprenda bien la fuerza de la posición del señor de Richelieu, es preciso saber que él era el primer gentilhombre de la cámara, y que el privilegio del primer gentilhombre era el ser dueño absoluto del cuarto del rey, y rehusar la entrada según su voluntad.

De este privilegio había usado al principio de la enfermedad.

El 12 de agosto se presentó el conde de Clermont á la puerta de la cámara real. He aquí los progresos que el mal había hecho, conforme á los boletines diarios.

El 8 se había sentido el rey indispuerto de sumo cansancio, causado por materias detenidas. Se le sangró aquel mismo día.

El 9 se le suministró un purgante.

El 10 se le sangró del pie á las tres de la mañana. Pasó bastante bien la noche.

El 11 purga, por la tarde sangría del pie.

El 12 mejor, continuaba tranquilo, muy poco dolor de cabeza ; pero por la noche muy agitado.

Cuando el conde de Clermont se presentó á la puerta de la cámara, era uno de aquellos momentos en que se decía : está mejor, continúa tranquilo.

El señor de Richelieu, según su costumbre, quiso estorbar la entrada, pero de un empujón abrió el príncipe las dos hojas de la puerta.

El señor de Richelieu insistió en no permitir la entrada y se le puso delante para estorbarle el paso; pero apartándolo el príncipe con la mano le dijo:

— ¿Desde cuándo ha creído un criado tener derecho para impedir que los príncipes de la sangre vean al rey de Francia?

Y adelantándose hasta el lecho del rey:

— Señor, le digo, no puedo creer que V. M. haya tenido la intención de privar á los príncipes de vuestra sangre de la satisfacción de informarse por sí mismos del estado de la salud de V. M. No queremos, señor, que nuestra presencia os importune, pero deseamos por el amor hacia vuestra persona, tener la libertad de entrar algunos momentos; y para probaros que no tenemos otro designio, me retiro, señor.

Se preparaba con efecto á retirarse, cuando el rey extendiendo la mano le dijo:

— No, Clermont, quédate.

Primer buen suceso. Le preguntaron al rey si quería oír misa en su cámara, esto le complació é introdujeron al obispo de Soissons.

La señora de Chateauroux y Richelieu observaban desde el gabinete adonde se habían retirado, cómo se fortificaba en la plaza el enemigo paso á paso.

El obispo de Soissons se aproximó al lecho del rey, y aventuró la palabra terrible: confesión.

— No, dijo el rey, no es tiempo aún.

El obispo insistió.

— No, repitió el rey, me duele mucho la cabeza y tendría que recordar y decir demasiadas cosas para confesarme ahora.

— Pero, señor, dijo el obispo, insistiendo aún, podría V. M. comenzar hoy y concluir mañana.

Movió el rey la cabeza, y el obispo viendo que

había obtenido aquel día del enfermo todo cuanto podía obtenerse, se retiró.

Después de él y del conde de Clermont entró la duquesa de Chateauroux, y para combatir la influencia que podían haber tomado los príncipes principió por hacer al rey sus halagos de costumbre.

Pero el rey la rechazó con dulzura, diciéndole:

— No, no, princesa, creo que hacemos mal, basta, basta.

Queriendo después la señora de Chateauroux abrazarle, le dijo:

— Será, tal vez, preciso que nos separemos.

— Muy bien, respondió picada la señora de Chateauroux; y se retiró.

El día siguiente, la Peyronie, al que habían hecho venir de París, fué á buscar al duque de Bouillon y le dijo, que al rey no le quedaban más que dos días de vida, y por consiguiente era importante que se confesase, y que él como camarero mayor tenía la obligación de anunciar al rey, que había llegado el momento de cumplir con esta ceremonia.

El duque de Bouillon, que conocía todo lo desagradable de esta comisión que le tocaba, hizo llamar á Champcenez y le mandó fuese á comunicar al rey las palabras que había dicho el cirujano. Champcenez obedeció, se aproximó al lecho de Luis XV y le participó la urgencia de la situación.

— Yo no deseaba otra cosa, dijo el rey; pero la Peyronie se equivoca, no es tiempo aún.

Pero como si hubiese sido un aviso del cielo, apenas había pronunciado estas palabras cuando cayó en un desfallecimiento extremo y empezó á gritar con voz moribunda:

— El padre Perusseau, pronto el padre Perusseau; y se desvaneció.

El padre Perusseau estaba listo y acudió al momento.

Un instante después que el rey volvió á abrir los ojos, el padre Perusseau llamó al duque de Bouillon.

— Bouillon, le dijo el rey, vuelve á encargarte de tu servicio; en lo sucesivo no encontrarás obstáculo por parte de nadie. Á la religión y á lo que manda la Iglesia, sacrificio todos los favoritos y favoritas.

Y luego se cerró la puerta para dejarlo solo con su confesor.

El triunfo del señor de Soissons era completo; el obispo no perdió tiempo en pasar al gabinete donde se hallaban la señora de Chateauroux y su hermana; y con los ojos centelleantes y el rostro animado:

— Señoras, les dijo, el rey manda que os retiréis de su casa inmediatamente.

Y volviéndose después á los de su comitiva, mandó que se derribase al momento la galería que desde la habitación del rey comunicaba con la abadía de San Arnault, para que el pueblo supiese que los escándalos se enfriaban.

Las dos mujeres estaban consternadas, inclinaban sus cabezas bajo aquel anatema.

El señor de Richelieu se adelantó entonces y dijo en presencia del obispo:

— Señoras, si tenéis valor para permanecer y arrostrar las órdenes obtenidas por violencia en un momento de debilidad, yo me encargo de todo y tomo sobre mí toda la responsabilidad.

Esta oferta del señor de Richelieu puso el colmo á la exaltación del prelado.

— Bien, exclamó, ya que es así, que se cierren los

santos tabernáculos, para que la desgracia sea más ruidosa, y la reparación del Señor más completa.

Las dos mujeres entonces juntaron sus manos, inclinaron sus cabezas y salieron con la vergüenza en el rostro, con los ojos bajos, y sin atreverse á mirar á nadie.

Pero no siendo esto suficiente para aplacar al furioso prelado, volvió á entrar en el cuarto del rey, al que dijo:

— Señor, las leyes de la Iglesia y nuestros santos cánones nos prohíben llevar el Viático, cuando la concubina permanece aun en el pueblo. Ruego á V. M. que dé nuevas órdenes para que salga, porque no hay tiempo que perder, V. M. va á morir.

El rey temblaba á la sola idea de la muerte y de la condenación; á los gritos y amenazas del obispo concedió todo lo que quisieron exigir de él. Las dos mujeres no fueron conducidas fuera de la casa, sino echadas en medio de la gritería del populacho. Corrieron á las caballerizas del rey, pero no hallaron ni un solo oficial que quisiese darles un carruaje para atravesar el pueblo. Todos renegaron de ellas á cual más. Solo el señor de Belle-Isle les ofreció su brazo y les hizo dar un coche. Él, porque sabia lo que era la desgracia, y cuánto se apreciaba en la desgracia el auxilio de una mano amiga.

Las señoras de Bellefonds, de Roure y de Rubembré fueron las únicas que acompañaron á las fugitivas, que entre las injurias y maldiciones del populacho atravesaron el pueblo y fueron conducidas á una casa de campo, á algunas leguas de Metz; y aun ésta costó trabajo el encontrarla porque los propietarios las rechazaban como pestíferas.

Fuera ya de la población las dos fugitivas, derriba-

das las galerías, y habiendo sobrepujado el escándalo de la reparación al escándalo de la falta, permitió el obispo de Soissons que se administrase al rey el Viático. El real moribundo recibió el Cuerpo de Nuestro Señor diciendo :

— Señor, hace veintidós años que hice mi primera comunión. Deseo hacer otra buena y que sea la última.

Recibido el Viático dijo el rey :

— ¡ Cuántas cuentas tiene que dar un rey que va á comparecer delante de Dios ! ¡ Oh ! cuán indigno he sido de la dignidad real !

No estaba aún completo el triunfo del obispo de Soissons, porque la señora de Chateauroux tenía la superintendencia de la delfina : él se la hizo quitar. Las dos proscritas no estaban más que á tres leguas de la corte ; el prelado exigió que se alejasen á cincuenta ; en fin, la confesión del rey había sido secreta, el obispo pidió una confesión pública.

Van á matar á nuestro amo, murmuraban los criados. ¿ Por qué el señor de Fitz-James no le ha pedido de una vez todo su reino ? dijo Lebel.

Pero estos murmullos irritaban más al prelado, y al tiempo de administrar al rey los santos óleos, y cuando todos observaban un religioso silencio exclamó :

— Señores príncipes de la sangre y grandes del reino, el rey nos encarga al señor obispo de Metz y á mí, que os digamos en alta voz, que siente el más sincero arrepentimiento por el escándalo que ha causado en el reino viviendo con la señora de Chateauroux. Pide de ello perdón á Dios, y habiendo sabido que no está más que á tres leguas de aquí, le manda que no pueda aproximarse á la corte á menos de cin-

cuenta leguas, y S. M. le quita el cargo que tiene en la casa de la señora delfina.

— Y también á su hermana, añadió el rey levantando con esfuerzo la cabeza de la almohada.

Todo había concluido para el partido de Richelieu y las favoritas ; triunfaba el partido de los príncipes : los prelados habían conseguido la victoria, y abusaban de ella con el refinamiento y persistencia de crueldad absolutamente peculiar de las persecuciones eclesiásticas.

El rey entretanto iba de mal en peor. La retirada de los ministros y de los cortesanos, síntoma moral, mucho más significativo que los síntomas físicos, anunciaban su próximo fin. El 15 á las seis de la mañana, llamaron á los príncipes para que asistiesen á las oraciones de los agonizantes ; desde las seis hasta medio día estuvo el rey en una especie de agonía. Argensón hizo empacar los papeles, y el duque de Chartres hizo enganchar su silla de postas para marchar al ejército del Rhin. Los médicos se retiraron, y el rey entre la vida y la muerte quedó abandonado en manos de los empiricos.

Uno de ellos, *del que ni aun el nombre se sabe*, le hizo tragar una gran dosis de emético.

Esta dosis de emético produjo una evacuación espantosa y con esta evacuación una mejoría sensible.

Durante este tiempo las fugitivas se apresuraban por llegar á París ; la mujer de un consejero, á la que tomaron por una de ellas, fué públicamente insultada, y á ellas les faltó poco para que las hiciesen pedazos en la Ferté-sous-Jouarre, donde fueron conocidas, y debieron la vida á una persona notable del país que las tomó bajo su protección, y no las abandonó hasta que estuvieron fuera del pueblo.

El rey había pedido siempre al doctor Dumoulin, y habían despachado á buscarlo un correo tras otro correo. Cuando llegó el doctor se advertía en el rey una sensible mejoría; aseguró el doctor que la mejoría era cierta, y anunció al enfermo, que no podía creer en ello, un principio de convalecencia.

El día 17 el doctor Dumoulin aseguró que respondía de la vida del rey.

La reina, que había sabido el 9 de agosto por la tarde la noticia de su enfermedad, recibía todos los días un boletín de la Peyronie, y no atreviéndose á marchar á Metz, miraba como un suplicio su permanencia en Versailles, y se desesperaba, pidiendo á Dios tomase su propia vida y que conservase la vida del rey. Cuando supo que se había hecho salir á la favorita, en vez de regocijarse, se espantó. La pobre reina comprendió los dolores de la mujer. Fué con toda su servidumbre y con el delfin á postrarse ante el Santísimo Sacramento. Cualquier ruido, el de una puerta que se abriera la hacía palidecer y le atacaba una convulsión.

Llegó un correo con despachos que le permitían ir hasta Luneville; y al delfin y á su tía hasta Chalons; quiso partir en el momento mismo; mandó traer caballos de posta y marchó, llevando en su primer carruaje consigo á las señoras de Luynes, de Villars y de Bouffleurs; y en el segundo carruaje á las señoras de Fleury, de Antin, de Montant, de San Florentino y de Flavacourt. La señora de Flavacourt estaba en Paris, y aunque siempre virtuosa y rebelde al rey, vino á rogar á la reina la llevase consigo, y la reina justa y buena, se lo concedió, no queriendo que la desgracia de las culpables pesase sobre la inocente.

En Soissons encontró la reina despachos de Argen-

són que le anunciaban que el rey la esperaba impaciente. Se corrió entonces sin descanso, y al llegar á Metz se precipitó la reina de su carruaje, y fué corriendo á caer de rodillas á la cabecera del rey, que estaba durmiendo, y que al despertarse la dijo:

— ¡Ah! sois vos, señora; os pido perdón del escándalo que he causado, y de las penas y pesares que os he hecho sufrir; ¿me perdonáis?

La reina deshecha en lágrimas no podía responderle, y el rey repetía:

— ¿Me perdonáis? ¿Me perdonáis? Y la pobre señora no tenía fuerza para otra cosa que para hacer con la cabeza: sí, sí.

Más de una hora permaneció abrazada á su cuello.

El rey hizo entonces que se aproximase el padre Perusseau para que fuese testigo de aquella reconciliación conyugal.

Durante este tiempo el delfin y su tía, que no habían recibido permiso para ir más que hasta Chalons, se adelantaron de esta ciudad, y en Verdún recibieron la orden para detenerse. Á pesar de esta orden el duque de Chatillón, ayo del joven príncipe, continuó su viaje, mientras por su parte la señora de Tallard hacía adelantar á las princesas que se desolaban al verse tan lejos de su padre, y más que todas la señora Adelaida que tuvo fiebre.

El duque de Chatillón á pesar de todo el mundo llegó á Metz y presentó el delfin á su padre.

Pero Luis XV recibió á su hijo con una frialdad que desconcertó á su ayo, el cual pidió perdón al rey de la libertad que se había tomado. Pero el rey no respondió porque estaba persuadido que lo que había traído al delfin á Metz, no era el deseo que experimenta un hijo por volver á ver á su padre, sino la

curiosidad de un heredero que desea saber el estado en que se halla su herencia.

En el mes de septiembre se hallaba el rey completamente restablecido de su enfermedad; pero al mal había sucedido una tristeza profunda, una melancolía continua. Todas las escenas que habían ocurrido á su alrededor durante su enfermedad, se representaban á su vista; y lo que de ellas resaltaba la vergüenza en el hombre, hacía subir los colores al rostro del rey. Á cada instante miraba en torno suyo como si buscase á alguno, y este alguno, sin el cual no podía pasar, era sobre todos Richelieu. Richelieu por su parte sondeaba el terreno. Para saber la altura á que se hallaba en el ánimo del rey, se dirigió al cardenal de Tencin y al señor de Noailles, y los dos le respondieron que estaban convencidos de que jamás había estado tan avanzado en el corazón de S. M. Comenzó entonces Mr. de Richelieu por hacer llegar directamente á manos del rey la relación de cuanto había ocurrido durante su enfermedad, conservando á cada actor el papel que había representado en aquella tragi-comedia. Sin perdonar á nadie, ni príncipes de la sangre, ni prelados, ni cortesanos. El envío fué bien recibido. Comprendió Richelieu que tenía ya la puerta abierta, y se dejó introducir por aquella puerta. El rey recibió aun con timidez á su antiguo favorito, pero era visible que lo recibía con placer. La reacción comenzó á observarse desde luego. La reina vió que poco á poco volvía á renacer la frialdad del rey para ella, y la víspera de la salida del rey para Strasburgo, la pobre mujer preguntó al rey cuál sería su suerte en lo sucesivo, y habiendo añadido:

— Señor, yo sería muy feliz en seguir á V. M.
Se contentó el rey con responderla:

— Eso no merece la pena, y no pudo alcanzar otra razón.

La reina llorosa y acongojada marchó á Luneville.

El duque de Pentievre se quedó en Metz con viruelas.

La señora duquesa de Chartres y la princesa de Conti declararon que ellas irían á la guerra y se presentarían en la trinchera delante de Friburgo.

En fin, la hija mayor de S. M. y la señora de Módena fueron á Strasburgo.

En cuanto al rey, dejó de continuar en sus oraciones y manifestaba un humor feroz y á veces una cólera concentrada.

En Luneville se detuvo con el rey de Polonia; pero nada pudo divertirlo, y por más que hicieron las señoras no fué posible ver una sonrisa en sus labios.

Era tal su distracción que se marchó de Luneville sin acordarse de despedirse de la reina de Polonia y tuvo que enviar un correo de diez leguas para excusar su olvido.

Con su mujer había hecho lo mismo y tuvo que enviar otro correo para reparar aquella inadvertencia.

Cuando llegó á Saverne, por donde pasaba para volver al ejército, recibió una carta amorosa y una escarpela de la señora de Chateauroux, y desde aquel momento se desarrolló de nuevo de tal manera su pasión por ella, que en la corte se decía públicamente que no tardaría la antigua favorita en volver á ocupar su posición.

Estando en el sitio de Friburgo supo que el duque de Chatillón, viendo en desgracia á la señora de Chateauroux había escrito á España algunas cartas que hacían poco favor á la reputación de su amante; y en el acto firmó una orden secreta de prisión contra

el duque y la duquesa de Chatillón, á los que nunca perdonó. Habiendo caído enfermo el duque un año después, consiguió á fuerza de súplicas que le permitieran venir á curarse al castillo de Licuville, pero con la prohibición de entrar en París; y habiendo tenido necesidad en el mes de agosto de pasar á tomar las aguas de Forges, solicitó del rey el permiso para atravesar por París; lo que se le concedió á condición de no pernoctar. En fin, hallándose moribundo el duque de Chatillón en 1754, representó por medio de la señora de Pompadour, entonces favorita, el profundo dolor que sentía de morir en desgracia con el rey; pero S. M. le permitió sólo á la señora de Pompadour le respondiese que el rey olvidaba lo pasado, y que en cuanto á la familia del duque podía contar con la bondad de S. M.

CAPÍTULO XI

Capitulación de Friburgo. — Vuelta del rey á París. — Alegría de los parisienses. — La señora de Chateauroux escribe á Richelieu. — La hora de recogerse la reina. — Excursión nocturna de Luis XV. — Entrevista del rey y la señora de Chateauroux. — Los enemigos de la duquesa caen en desgracia. — Enfermedad de la duquesa.

El día 1º de noviembre capituló Friburgo; el rey firmó la capitulación y dejando á sus generales el cuidado de tomar posesión de las fortalezas, marchó á París el 8 del mismo mes para hacer allí su entrada triunfal.

La campaña de 1742, 43 y 44 no había sido feliz. Por más habilidad que había desplegado Belle-Isle en su retirada, aquel suceso había desanimado generalmente. Maillebois, á quien llamaban el general de los maturinos, había dejado que su colega lo hiciese todo. Segur, dueño de la Austria alta, la había evacuado; Broglie se había retirado poco á poco de Baviera sin combatir; y el emperador que se había elegido en oposición á María Teresa, no sólo había perdido los estados que la coalición le había ofrecido, sino también los que de antemano poseía, y se había hecho el objeto de la risa de la Europa entera. La guarnición de Egra, última plaza fuerte que quedaba á los franceses en Bohemia, estaba prisionera de